
Editorial

El año de 1984, profetizado como infausto hace un cuarto de siglo por el novelista George Orwell, llega a su fin. Termina convulsionado, polarizado, y, en nuestra región del mundo, singularmente empobrecido. No es, sin embargo, un panorama desolador, desesperanzado, como el que pintara Orwell. Al contrario, hoy como nunca, los oprimidos de todas partes enfrentan, con singular valor y acompañados de muchas conciencias lúcidas, las condiciones de sometimiento que les han sido impuestas. Todos los días nos enteramos de nuevos enfrentamientos y posiciones encontradas en los diversos foros internacionales y campos de batalla entre voces que claman por la imposición de la fuerza para mantener sus posiciones hegemónicas y los que abogan por la utilización del derecho y el diálogo como únicas vías para evitar un conflicto bélico de alcance universal.

Así, al lado de las denuncias plenamente comprobadas y cada vez más insistentes, de una inminente invasión norteamericana en Centroamérica, aparecen noticias alentadoras, como son los avances indudables del Grupo Contadora para lograr la pacificación de la región; el inicio del diálogo entre la insurgencia salvadoreña y el gobierno de Duarte, y la realización de elecciones democráticas en Nicaragua. El Premio Nobel de la Paz fue concedido a un obispo sudafricano, de origen zulú, que ha dedicado su vida a la lucha contra el *apartheid*; y para volver nuevamente a América Latina, los teólogos de la liberación se enfrentan a la Inquisición para afirmar su postura al lado de los pobres y sometidos. Todos ellos signos alentadores, para citar sólo unos cuántos, de cómo, desde diferentes latitudes, se tiene cada vez mayor conciencia de que es necesaria una modificación radical de las formas de relación entre los individuos, los pueblos y los estados.

Así, pese a todo, hay lugar para la esperanza. Los tiempos venideros serán difíciles, difícilísimos, pero hay lucha y cada vez mayor claridad, y eso es un avance.

Para nosotras, las mexicanas, hay mucho por hacer. La "crisis" económica, convertida en recesión, esta aquí para instalarse durante mucho tiempo, a pesar de las declaraciones triunfalistas —aunque cada vez más defensivas— de nuestros gobernantes.

Si bien hemos logrado una renegociación de nuestra deuda exterior, la política económica del régimen sigue significando, para el conjunto del pueblo mexicano, el incremento de la pobreza y la inseguridad generalizadas. Alzas desorbitadas a los precios de productos básicos co-

mo el aceite y el frijol, requisas y represiones a los movimientos sindicales que pugnan por reestablecer, aunque parcialmente, un poder adquisitivo mermado desde tiempo atrás, y un creciente malestar social, reflejado en el aumento de la delincuencia, están a la orden del día.

Por si fuera poco, el precario bienestar y la seguridad de nuestro país están amenazados por dentro y por fuera. Las presiones del gobierno estadounidense sobre México para que modifiquemos nuestra política exterior con relación a Centroamérica, son cada vez más fuertes y descaradas. Por añadidura, han encontrado un respaldo activo y militante en grupos y corrientes de opinión de derecha que pretenden capitalizar el descontento popular a su favor. La izquierda, acosada, se encuentra aún fragmentada sin capacidad de movilización. Por último, el PRI, muestra cada vez más su esclerosis política. Su tan anunciada Asamblea Nacional, supuestamente renovadora, concluyó con cambios en la cúpula y el establecimiento de un Comité de Honor y Justicia. Tímidas medidas, incluso con relación a su propia retórica.

Para las mujeres, estas señales son francamente desalentadoras. Frente a las apremiantes necesidades de reestablecer los niveles de consumo y bienestar —que ya eran irrisorias para la inmensa mayoría— previos al desplome de nuestra economía, en el seno del partido gobernante se coloca, en la Secretaría General, a una mujer que podrá tener muchos méritos administrativos, políticos y personales, pero cuya elección no tiene nada que ver con las luchas populares organizadas, y menos las de las mujeres. Responde, más bien, a una estrategia electoral para captar el voto femenino ante el temor de que éste sea capitalizado por el PAN debido al descontento generalizado con el PRI. Una pobre respuesta a nuestros problemas y demandas...

Por último, para nosotras, en *fem*, este fin de año resulta singularmente doloroso. Se cumple el cuarto aniversario del secuestro, a manos de agentes del gobierno guatemalteco, de Alaide Foppa, nuestra entrañable compañera. No obstante las movilizaciones y protestas a nivel mundial que ocasionó su captura —como la de Amnistía Internacional que publicamos en este número— Alaide sigue "desaparecida", como tantas otras decenas de miles de personas en el Tercer Mundo. A ella, así como a las valerosas mujeres que han levantado su voz para oponerse al terrorismo de estado, queremos dedicar este número de *fem*.